



*La Plata, 13 de abril de 2011*

***A mis hijos, hermanos y amigos,  
de mi querida Diócesis de Mar del Plata***

Ante la proximidad de la Pascua, les dirijo un primer saludo desde la distancia, en espera de poder verlos y bendecirlos personalmente, el sábado 4 de junio, en vísperas de la Ascensión del Señor, solemnidad en la que, Dios mediante, tomaré posesión de mi cargo.

Quiero expresarles mi alegría y gratitud ante la elección que el Santo Padre ha hecho de mí, como obispo de una diócesis donde siempre me he sentido bien recibido. Muchos me han hecho llegar muestras de cordialidad y han comprometido sus oraciones que agradezco desde lo profundo del corazón, pues "si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los albañiles" (Sal 126,1).

La diócesis es responsabilidad de todos los bautizados, bajo la guía del obispo rodeado de los presbíteros y diáconos.

Abrazo y bendigo, en primer lugar, a cada uno de los sacerdotes, que silenciosamente, cada día, hacen presente a Jesucristo en medio de los hombres, a veces con callada abnegación y en medio de pruebas, en la extensa geografía de la diócesis. En la Misa Crismal de este año, Mons. Nicolás Baisi les transmitirá mis saludos.

En cuanto a los seminaristas, futuro y esperanza de la Iglesia, no hace falta que les explique mi afecto y desvelos paternales por ellos. No dejemos de rezar siempre por su perseverancia y fidelidad. Fieles al mandato del Señor, pidamos por el aumento de las vocaciones al sacerdocio como también a la vida consagrada y a las misiones de la Iglesia.

Las religiosas y religiosos, constituyen una riqueza eclesial y un potencial evangelizador con el cual quiero contar desde el primer momento. Espero pronto poder visitar las diversas familias de consagrados y consagradas.

Bendigo también a todas las instituciones y a los fieles laicos, que, de una u otra manera, colaboran en la misión eclesial y están llamados a ser, "sal de la tierra y luz del mundo" (cf. Mt 5, 13. 14). Dirijo un saludo especial a los enfermos, a los que sufren en soledad, a aquellos cuya dignidad no es reconocida. Nuestro Padre del cielo, a quien el obispo representa dentro de los límites de su pobreza, los ama personalmente con predilección.

A los que no creen o están distanciados de la Iglesia, por cualquier motivo, les digo: los respeto a todos y a todos los invito; nadie que esté animado de buena voluntad, me resulta indiferente. A todos incluyo en mi sincera oración. En este obispo sólo encontrarán convicciones, pero nunca menosprecio ni palabras de arrogancia. No tengo doctrina propia. Por eso ciertas convicciones son inquebrantables, porque coinciden con las mismas convicciones del Evangelio y del Magisterio de la Iglesia, y a ellas he consagrado mi vida.

Que puedan vivir esta Pascua con una renovación profunda en la alegría y en la esperanza "del cielo nuevo y la tierra nueva" (cf. Apoc. 21, 1) inaugurados para todos en la resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

Me refugio bajo el amparo maternal de la Virgen y a todos encomiendo su intercesión gloriosa.

Les dejo con mi cordial bendición,

+ Antonio Marino  
*Obispo electo de Mar del Plata*